

A propósito de un relevo episcopal

LA archidiócesis de Madrid tiene, desde hace algunas semanas, un nuevo arzobispo. Para un revista de cultura que no se dirige sólo a España, Madrid es simplemente una más entre las grandes ciudades del mundo. Al hablar del nuevo arzobispo queremos evitar quedar atrapados por la inmediatez geográfica. Una ciudad con muchos habitantes, como Madrid, en el actual momento socio-cultural tiene características y problemas muy semejantes a los de las ciudades —grandes y no tan grandes— de Europa occidental.

No hacemos ahora un balance o un juicio de la época del cardenal Suquía. No es éste el sitio y, además, sería muy pretencioso por nuestra parte. Nos limitamos a apuntar, de cara al futuro, algunos aspectos que, por su importancia y urgencia, requieren a nuestro juicio una seria consideración.

El interregno

EL cardenal Suquía ha permanecido al frente de la diócesis de Madrid casi hasta sus 78 años, rebasando así en 3 años la fecha tope en que los obispos deben presentar su dimisión al Papa.

Permítasenos decir con sinceridad que, salvo excepciones contadísimas, la permanencia de un obispo en una diócesis una vez que ya ha cumplido sus 75 años nos parece desaconsejable. Suponemos que la presentación de la renuncia es el proceder habitual de todos los obispos cuando alcanzan esa edad. No ignoramos que puedan existir algunos casos en que aceptar la renuncia sea imposible o altamente inconveniente. Piénsese, por poner un ejemplo, en el caso de Praga antes de la caída del telón de acero. No era nada fácil sustituir al cardenal Tomasek aunque tuviese 85 años y mala salud. En la inmensa mayoría de los casos deseáramos una aceptación prácticamente automática de la dimisión de los obispos. Porque creemos que la alternativa contraria (prolongación discrecional del gobierno de un obispo) suele resultar perjudicial para las diócesis. El gobierno ordinario queda hipotecado por una inevitable interinidad. Es lógico que el obispo saliente no quiera condicionar las decisiones del sucesor, forzosamente próximo. Los planes de conjunto y las iniciativas se hibernan. La diócesis, si se exceptúa la rutinaria administración ordinaria, en cierto modo se paraliza.

PERO esta prórroga tampoco parece redundar en beneficio de los obispos considerados en su conjunto. Cada etapa de la vida de la Iglesia suele subrayar acentos distintos. Cada época tiene sus modos y sus «modas». El tipo de obispo de la época del nuncio Antoninutti en España, con Pío XII, no es el mismo que el de la época del nuncio Dadaglio, con Pablo VI, distintos ambos del tipo de obispo de la época actual del nuncio Tagliaferri con Juan Pablo II. Tampoco son lo mismo las épocas que les ha tocado vivir.

En los últimos años se viene observando cómo a unos obispos se les acepta la renuncia con exacta puntualidad y en cambio a otros se les mantiene en el cargo con parsimoniosa lentitud. Se produce la impresión de que el discernimiento de cada caso pudiera quedar ensombrecido por la discrecionalidad. Y entonces se da pie a que se vaya estableciendo en la práctica una clasificación de los obispos, no en más fieles o menos

fieles —la fidelidad, como es obvio, se supone en todos— sino en más adictos o menos adictos a los papas o a instancias intermedias como pueden ser los nuncios.

La Iglesia católica, además, tiene el peligro de seguir siendo una gerontocracia. Comparado con el proceder de las sociedades civiles, el límite de edad de los 75 años resulta incluso demasiado elevado. Los eclesiásticos, a todos los niveles, están sujetos inexorablemente al mismo desgaste de fuerzas y salud que el resto de las personas. A medida que avanza la edad, no sólo se pierden fuerzas sino que generalmente se nubla la lucidez para percibir la propia limitación e incapacidad. Aceptaríamos por ello de muy buen grado que ese límite se estableciera en la Iglesia a los 70 años. Sin duda, serviría de ejemplo a los católicos de a pie la figura de aquellos obispos que, después de haber desempeñado altas responsabilidades en la Iglesia, ya dimitidos, siguen ofreciendo a los fieles —en la medida en que la salud física y mental se lo permita— su presencia, actividad y servicio sacerdotal en las parroquias.

Las tareas del futuro

HACIA fuera. Una ciudad grande en la Europa occidental de hoy vive un clima en el que Dios interesa poco o es asunto privado de algunos o muchos, aunque pueda asomarse, incluso con una cierta espectacularidad, a los periódicos y medios de comunicación. Rebasado el ateísmo militante, hoy anacrónico, parece haber quedado también atrás el agnosticismo preocupado. Quizá el rasgo que mejor pudiera aludir a la actual situación sería el desinterés. A Dios no se le echa especialmente de menos.

Si esto es así, sería especialmente preocupante que los católicos de a pie, los sacerdotes y los obispos quedarán enredados en batallas internas, en grupos que descalifican, marginan o se automarginan. Una pastoral animosa, que confirme la fe de los creyentes y constituya una oferta, respetuosa y atractiva, para los no creyentes, pide de todos

una mayor coordinación en los trabajos y un talante más conciliador con la sociedad civil. Nos parece que mucho más urgente que repintar obsesivamente las lindes de nuestra parcela o los contornos de nuestra doctrina es asegurarse de que las puertas están abiertas. El Buen Pastor en el evangelio muestra una incurable predilección por los que están fuera. Si los sacerdotes y obispos quieren realizar hoy una pastoral más decidida deberán mostrar inequívocamente un talante más conciliador. Dividir al mundo en buenos y malos —si se nos permite acudir a esta simplificación— incapacita para hablar con los «malos» y tampoco garantiza en definitiva una plaza entre los buenos.

HACIA dentro. Es muy posible que, debido a las fuertes dificultades del ambiente, los agentes más directos de la evangelización, sacerdotes, religiosos y seglares comprometidos, se sientan desanimados y vivan dispersos.

Madrid en este caso tampoco es una excepción. Se hace preciso por ello reavivar la ilusión por la tarea a realizar.

Sería trágico que evangelizadores se conviertan en francotiradores que tienen que hacer cada uno la guerra por su cuenta o se dejan arrastrar a una pasividad escéptica en la que a duras penas entretienen su rutina o mal encubren su falta de ilusión. Aquí habría que preguntarse por los planes diocesanos de pastoral —si existen y se aplican— y la coordinación fraternal entre las diversas vicarías y sectores en que hoy están divididas las macrodiócesis.

La tarea de los Obispos recibe así en la época actual, y por innumerables motivos, una sobrecarga de dificultad. Se comprende la resistencia de algunos obispos a ser trasladados a diócesis más grandes. Pero el peso, siendo muy grande, resulta menos gravoso si es llevado entre todos. Junto a las solemnes declaraciones de principios («la autoridad en la Iglesia es un servicio») los eclesiásticos suelen estar más habituados al estilo vertical que al horizontal. Sería especialmente beneficioso que se acentuara hoy, con mucha mayor decisión, la cercanía de los obispos con los sacerdotes y de éstos con los fieles. Sin pretender hacer de obispos y sacerdotes una especie de delegados a los que periódicamente

se somete a control parlamentario, los obispos tendrán que compartir el peso del gobierno pastoral de las diócesis con una confianza más amplia en sus colaboradores más cercanos y delegar en mayor medida la responsabilidad y la toma de decisiones. El espíritu de «colegialidad», redescubierto en el Concilio Vaticano II, no parece, hasta ahora, haber dado, en la práctica, grandes frutos en ninguno de los niveles de la Iglesia.

FINALMENTE nos fijaremos en el tipo de sacerdote que requieren los cristianos del año 2000. Desde los propios comienzos de la Iglesia hay dos actitudes, que no deben excluirse mutuamente pero tampoco confundirse. Las dos son necesarias. Una se preocupa sobre todo por invitar a los que están fuera. La otra se concentra más en asegurar la estabilidad y cuidado de los que están dentro. En cada época estas actitudes reciben una traducción de matices diversos. Es lógico. No quisiéramos ser parciales o injustos. Creemos que en el sacerdote que comenzaba su ministerio al final de los años sesenta (Vaticano II), con ilusión, optimismo, un tanto de ingenuidad y una despreocupada cercanía a graves peligros, destacaba sobre todo la misión de evangelizar. Que se descubra que somos cristianos y sacerdotes —se decían— por la manera insobornablemente cercana a todos. El sacerdote de los últimos años, como reacción a confusionismos anteriores, quizá se sienta más urgido a proclamar expresamente su fe y poner de manifiesto, ya desde el principio, su misión y su identidad. Que se sepa que somos sacerdotes y que, en definitiva, porque se nos ha dado de lo alto, poseemos la respuesta a las preguntas últimas que tienen los hombres aunque no se las planteen explícitamente. Esta segunda actitud parece encontrar hoy un respaldo más expreso en las autoridades de la Iglesia.

En los seminarios diocesanos el porcentaje no pequeño de seminaristas que provienen de movimientos recientes considerados «neoconservadores» —empleamos el término sin ninguna agresividad o descalificación— pudiera dar lugar a un tipo de sacerdote más de cristiandad que de misión. Nuevas promociones de jóvenes sacerdotes inician cada año

sus tareas al servicio de todo el Pueblo de Dios. No es imaginario el peligro de que algunos de estos jóvenes sacerdotes, en lugar de integrarse en el caudal común que riega toda la vida y la actividad de las diócesis, reafirmen de forma tan excluyente su «denominación de origen» que se fragmenten en pequeños grupos de afinidades ideológicas muy nítidas. Es comprensible y legítimo el deseo de los obispos y responsables de los seminarios de aumentar el número de vocaciones. Sería peligroso rebajar las exigencias de una digna formación espiritual, intelectual y humana de los candidatos. Se atribuye a Karl Barth la frase de que para predicar hay que tener en una mano la Biblia y en la otra el periódico. El sacerdote necesita echar raíces en la Biblia. Sería muy perjudicial que ignorara el periódico o leyera la sociedad a través de filtros «mocolores».

TERMINAMOS. *Lo que en estas reflexiones comenzó siendo un motivo —Madrid tiene un nuevo arzobispo— ha quedado muy atrás hasta quedar reducido casi a un pretexto. La palabra y la vida de la Iglesia debería acercarse mucho más a lo que fue la palabra y la vida de Jesús de Nazaret: una invitación que incita más que una declaración que «aclara» o un decreto que regula. Traducir esto a la vida de cada día es tarea de todos. Muy especialmente de los obispos. Al saludar al nuevo arzobispo le expresamos la cordialidad de la acogida y la lealtad de nuestra colaboración.*